Crítica de Libros

"EL PARQUE PEQUEÑO Y ELEGÍA EN COVALEDA" (1)

Cualquiera que haya seguido la obra de José García Nieto—sin atenerse a un clisé—sabe que nunca ha faltado en ella la sensación de equilibrio que no impide el tono cálido. Sabe que es una poesía progresivamente despojada de formalismo, tan necesario en cierto momento y que cuenta sus conquistas por aproximación a unos temas entrañables, cada vez más fundamentales. García Nieto es un poeta de inquietud dentro de una estética permanente. Le hemos podido "ver", paso a paso, aumentar lo que de biográfico hay o debe haber en toda lírica, sin que ello significara desprenderse de una innata elegancia de expresión. Su trayectoria es muy lógica: primero el dominio de la palabra; luego, el contenido.

Este libro no es, pues, una sorpresa, entre otras cosas, porque viene después de *La red,* donde hay pruebas clarísimas de una preocupación entera por lo que a determinada altura del hombre resulta ineludible. No sé, naturalmente, si me equivoco, pero creo que en un soneto del citado libro está ya la idea central de *El Parque Pequeño.*

García Nieto se une muy personalmente a esa tendencia hacia lo poemático, que necesita para lograrse de la anchura y la largura del verso. En vez de conjunto de poemas, mural en el que queda inscrito y totalmente desarrollado, con solidez y emoción, un motivo que siendo íntimo es también trascendente. Dios y los hijos nada menos. Esta poesía se atiene no a un tiempo histórico, sino a un tiempo existencial.

> Esta es la luz, éste es el nombre,
> éste es el sitio, y éste el tiempo;
> ésta la palabra que irrumpe;
> mi corazón, éste: el que tengo.

¿Pueden darse más esenciales elementos de lo que debe ser la lírica? En lo temporal se trasparece lo siempre humano. García Nieto compone sin descomponerse: con un pulso armonioso. Su discurso no acumula ni exceso en la palabra ni exceso en la explicación, libre de tentaciones puramente retóricas. Ritmo de gran fluidez y rima sencilla. Lo que es aquí una emocional visión metafísica se nos dice de una manera trans-

(1) Ediciones Punta Europa. Madrid, 1959.

parente porque arranca y no pierde de vista la anécdota sobre la que se apoya. (Al igual que en la pintura, la anécdota vuelve a tener en la poesía un gran valor.)

Pero lo que da a *El Parque Pequeño* su valor decisivo es una desusada serenidad de espíritu, un toque verdaderamente religioso. Dios no se nombra en vano. Es muy palpable y muy bello. Así la calidad poética es un resultado espiritual, una suma en quien canta.

Respondiendo al mismo estilo hay, sin embargo, una diferencia con el otro poema de este libro. Y esa diferencia, a mi ver, reside en el tono de la emoción. *Elegía en Covaleda* tiene una temperatura más cálida aún, como si la presencia del paisaje y del padre muerto diera de por sí intensidad al verso. Este nos llega más acompañado de metáforas e imágenes, y sobre todo con exaltación. Con una exaltación brillante de punta a punta, aprovechando líricamente en una sola nota sostenida lo dramático.

De este modo ambos poetas vienen a completarse, a ser uno consecuencia del otro, a darnos, en fin, dos existenciales momentos de un mismo hombre en trance maduro. De un solo poeta, dueño de su poesía, acendrada y segura, espléndidamente bien dicha.

POEMAS DE JUAN BERNIER

En algunos casos está indicado que un autor nos diga cuándo fueron escritos sus poemas. Creo que Juan Bernier, de Córdoba, hubiera debido hacerlo, aunque la publicación en revistas de algunas de las composiciones de *Una voz cualquiera* (2) supla para nosotros lo que no se hace constar. Juan Bernier es lo que llamamos—con mayor o menor propiedad en el término—un tremendista. Ello le sitúa en un determinado momento y situación, a la que es preciso atenerse. Su realismo es muy acusatorio, valientemente acusatorio, como obediente a la indignación que hace de su verso un látigo constante en forma de versículo. Su tremante subjetivismo—y también objetivismo—, en el que es frecuente la expresión "gorda", la retórica sin paliativos, le daña al tiempo que le personaliza. Fuera de toda duda está el enorme interés humano de estos poemas donde el verso libre—pero de verdad, como pocas veces en la poesía española—tiene su cumplimiento. Fuera de duda también que la visión humana del poeta se acerca peligrosamente al tópico. Y que a lo intenso le perjudica cierta acumulación de cosas terribles. Porque Juan Bernier —de ahí la neecsidad de conocer la fecha de sus composiciones a que antes aludí—es uno de los primeros entre nosotros que hace de la poesía un instrumento testimonial. Uno de los primeros tras Dámaso Alonso en *Hijos de la Ira*.

Claro que lo antedicho no impide que esta poesía se nos presente hoy en sus valores y en sus defectos. De los primeros el más importante creo que es ilustrarnos sobre un hombre que al lado de lo terrible sabe escribir para emocionarnos ese estupendo poema que se titula *Elegía* y ese otro que se titula *Hombre*.

Y el denominador común es la angustia.

---

(2) Ágora, 24. Madrid, 1959.

"MARIPOSA EN CENIZA" (3)

Lo he escrito en otra parte, pero no importa repetirlo: Julia Uceda entra en la poesía con un dominio formal muy poco frecuente. Ya sé que hoy hemos ampliado el territorio de la Belleza—esa Jantipa de Juan Ramón—y que es preciso perseguirla de un modo más difícil, más accidentado. Los versos de Julia Uceda son de una belleza impecable y de segura mano. Andaluzamente melancólicos y femeninamente expresivos, sin retorcimiento ni reducciones a lo simple anecdótico, pero aún, y es lógico, tímidos acaso en mostrarnos lo que hay más al fondo de sí misma y que un primer libro es raro que trasluzca. Ha salvado, pues, de primeras esta tan sensible poetisa sevillana ese examen de grado que es la soltura y el saber lo que significa la poesía en sus manos.

Mariposa en ceniza se alínea acertadamente en lo tradicional porque sólo desde ahí es posible ir a posteriores logros. Su temática obedece a un instinto apasionado que se hace puro temblor en algunos poemas. Precisamente en aquéllos—los mejores—, muy interesantes para atisbar su poesía de mañana, cuando elija del todo lo que ha de ser el tono que la caracterice.

Cuando a su falta de vacilaciones en el dominio del verso se una—estoy seguro—esa otra falta de vacilaciones en su mundo lírico.

"RETABLO"

Un libro no es sólo un libro; es el anterior y el que va a venir. No se debe comentar y criticar aisladamente, porque de hacerlo puede resultar el poeta una especie de Adán en instantánea, cuyo clisé guardáramos cuidadosamente.

Manrique de Lara en sus dos libros anteriores: gravedad, preocupación por todo aquello que es preciso escribir con mayúscula, mucho verso blanco, mucho drama, pero no de punta, sino atemperado por la elegancia y el infinito.

Manrique de Lara en *Retablo* (4): variedad y formas clásicas, circunstancias—¡cuánta falta están haciendo!—que pertenecen, en gran parte, a lo más íntimo del poeta, empezando por la dedicatoria. Lo que Manrique ha hecho ahora es no dejar olvidadas esas espumillas del vivir que pueden tener tanto interés como las olas. Figuras, cosas, paisajes, amor, amistad...

¿Por qué va a ser accesorio todo esto? No hay grandes temas y pequeños temas; no hay cosas poéticas por sí—de acuerdo, Gabriel Celaya—, y además lo del "mensaje" puede convertirse en bando. También en semifilosofía y en semipoesía.

Este retablo es variadísimo y naturalmente tiene agilidad de composición, cierto color, aunque Manrique no sea un poeta colorista, un asomo de gracia al reunir lo múltiple, sin parecer muñones de algo más amplio. Empieza y termina en sí mismo, no invita a la meditación ni al desemboque en lo trascendente:

> ¿De qué altar o jardín estás ausente?
> cuando te toca el turno de mi frente
> y me toca la luz de tu mirada?

(3) *Alcaraván*, 7. Arcos de la Frontera, 1959.
(4) *Alcaraván*, 6. Arcos de la Frontera, 1959.

¿De qué maceta falta tu inocencia?
¿Por qué vistiendo tu furtiva ausencia
ciñe un silencio a tu rubor Granada?

Y así, en esa línea sencilla y gentil, está el soneto a una revisora del Metro—hallazgo de asunto—, los sonetos a las fuentes del Prado, los ídem a los amigos poetas. Y en otro tono, el Canto a la Española y el tríptico chinchillano. El primero, no aburrir—mandamiento que alguna vez que otra se olvida lamentablemente—, queda cumplido en este libro de Manrique de Lara. Y dicho esto, que es un elogio, no hay que andarse a vueltas con la estilística y con las segundas intenciones. Todo aquí es de primera intención y de buena mano de poeta, aunque falte en algún que otro poema algo de travesura, incluso a costa lógicamente de la corrección.

Pero un retablo hay que mirarlo en conjunto, y eso es lo que hago. Los dispares motivos armonizan, las piezas encajan. Al dejarlo de ver queda una impresión estimable.

JIMÉNEZ MARTOS.

NOTA.—PARA SU COMENTARIO EN ESTA SECCIÓN ES CONDICIÓN INDISPENSABLE EL ENVÍO DE DOS EJEMPLARES.